

ver pág 9
FID
1964



FIDUCIA

La gloria de Dios en lo alto de los cielos ¿Aspecto secundario de la Navidad?

REPOSAIS, Señor, en vuestro misérrimo y augustísimo pesebre, bajo los ojos de la Virgen, vuestra Madre, que vierte sobre Vos los tesoros inenarrables de su respeto y de su cariño. Jamás una criatura adoró con tan profunda y respetuosa humildad a su Dios. Nunca un corazón materno amó más tiernamente a su hijo. Recíprocamente, jamás Dios amó tanto a una mera criatura. Y nunca hijo amó tan penosamente a su madre. Toda la realidad de ese sublime diálogo de almas puede contenerse en esas palabras que indican aquí todo un océano de felicidad, y que en ocasión bien diversa hubierais de decir un día desde lo alto de la Cruz: Madre, he ahí a tu hijo. Hijo he ahí a tu madre (cf. Jo. 19, 26). Y considerando la perfección de este recíproco amor, entre Vos y vuestra Madre, sentimos el cántico angélico que se levanta desde las profundidades de toda alma cristiana: "Gloria a Dios en lo más alto de los Cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". (Luc. 2, 14).

"PAZ en la tierra a los hombres de buena voluntad": el juego complicado pero rápido de las asociaciones de imágenes me hace sentir inmediatamente que en numerosas ocasiones del año que termina oí hablar de paz y de hombres de buena voluntad. Curioso... me doy cuenta que oí hablar menos, y hasta mucho menos, de la gloria de Dios en lo más alto de los cielos. A decir verdad, de esto casi no oí hablar. Ni incluso implícitamente; pues implícitamente se habla de la gloria de Dios cuando se afirman los soberanos derechos de El sobre toda la creación, y por amor a El se reivindica el cumplimiento de su Ley por parte de los individuos, familias, grupos profesionales, clases sociales, regiones, naciones y toda la sociedad

internacional. ¿Por qué este silencio me pregunto yo? ¿Por qué los hombres quieren tanto la paz? ¿Por qué tantos hombres se ufanan de tener buena voluntad? ¿Y por qué tan pocos son los que se preocupan por la gloria de Dios y tan pocos los que se blasonan de actuar y luchar por ella?

En otros términos, ¿el hecho esencial de vuestro Santo Nacimiento, Señor, sería sólo la paz para los hombres de buena voluntad? ¿Y la gloria de Dios en lo más alto de los Cielos sería como un aspecto

colateral, lejano, confuso e insípido para los hombres, del gran evento de Belén?

En otros términos aun, ¿la paz de los hombres vale más que la gloria de Dios? ¿La tierra vale más que el Cielo? ¿El hombre vale entonces más que Dios? ¿Y la paz en la tierra puede ser obtenida, conservada y hasta incrementada sin

que en esto nada tenga que ver la gloria de Dios?

En fin. ¿Qué es un hombre de buena voluntad? ¿Es el que sólo quiere la paz en la tierra, indiferente a la gloria de Dios en el Cielo?

Todas estas preguntas convidan a un detenido análisis del cántico angélico.



Misa de Navidad en Sainte-Chapelle de París. Miniatura de un manuscrito. (s. XV).

LA GLORIA DE DIOS

La verdadera paz exige la lucha de los seguidores de Cristo contra sus enemigos

¡ADMIRABLE profundidad de toda palabra inspirada! Tan simples que hasta un niño lo puede comprender, el cántico de los ángeles de Belén encierra entretanto verdades de las más profundas.

¡Cómo es provechoso, pues, nutrir el espíritu con esas palabras para participar debidamente de las fiestas del Santo Nacimiento!

Ayúdanos, Madre Santísima, Sede de la Sabiduría, con vuestras oraciones, para que iluminados por las claridades que de Jesús dimanan, podamos entender el cántico angélico que es el más perfecto y autorizado comentario del Nacimiento.

* * *

“HOMBRE de buena voluntad”: ¿qué es lo que representa esto a los ojos de tantos y tantos de nuestros contemporáneos?

Para saberlo basta indagar: ¿buena voluntad para con quien? La respuesta salta impetuosa e impaciente, como suele acontecer cuando la pregunta tiene algo de ociosa por inquirir lo que es casi evidente. Así dirán muchos de nuestros coetáneos, buena voluntad para con el prójimo. Aquel, que ateo o seguidor de una religión, sea cual fuere, adepto al derecho de propiedad privada, al socialismo o al comunismo, quiere que todos los hombres vivan aegres, en hartazgo, sin dolencias, sin luchas, sin riesgos, aprovechando lo más posible de esta vida, este es un hombre de buena voluntad.

Visto en esta perspectiva, el hombre de buena voluntad es un artifice de la paz. Señala el dicho que “en casa donde falta el pan todos discuten y nadie tiene razón”. Luego donde hay pan, techo, remedios, seguridad, con mayor razón hay necesariamente paz.

¿Y la gloria de Dios? Para el “hombre de buena voluntad” así concebido, es ella un elemento superfluo en lo que se refiere a la paz en la tierra. Pues es de la adecuada ordenación económica que deviene el buen orden en la vida social y política, y por tanto la paz.

“Superfluo” es decir poco, respecto a la gloria de Dios, considerada en función de la paz en la tierra. Como algunos hombres creen en Dios, y otros no creen y como entre los que creen hay diversidad en el modo de entender a Dios, este último puede actuar como peligroso factor de divisiones, discusiones y polémicas. Dios es un señor por demás comprometido desde hace millares de años en polémicas, para que de él se hable a toda hora. Para tener paz en la tierra es mejor no estar hablando a todo momento sobre Dios y su gloria en el cielo.

Y después... ¡el Cielo es tan vago, tan lejano, tan incierto! Que de él hablen los ángeles está bien, pues allá moran. Pero nosotros hombres, cuidemos de la tierra.

Unir la gloria celeste a la paz terrestre es para el “hombre de buena voluntad” algo tan incorrecto, superfluo y plagado de factores de lucha cuanto es, por ejemplo, imprudente unir la Iglesia y el Estado. La Iglesia separada del Estado y el Estado libre de la Iglesia, es un anhelo bien típico del “hombre de buena voluntad”. La paz terrena libre de implicaciones religiosas, y Dios en su Cielo y su gloria, sonriendo de brazos cruzados hacia la tierra en paz a una distancia tal que allá no llegue ni siquiera el Lunik, es el ideal del “hombre de buena voluntad”.

* * *

ESTAS son las consideraciones del “hombre de buena voluntad”, entre comillas, cuyo corazón está lejos del Cielo y cuyo mirar sólo se detiene sobre la tierra.

¡Cuánto divergen ellas del sentido propio y natural del cántico angélico!

Realmente, si el Nacimiento da gloria a Dios en lo más alto de los Cielos y simultáneamente es fuente de paz en la tierra para los hombres de buena voluntad —y fue lo que los Angeles proclamaron en su cántico —no se puede disociar una cosa de otra. Sin que los hombres den gloria a Dios no hay paz en el mundo. Y la guerra, en cuanto considerada en el agresor culpable, es incompatible con la gloria de Dios.

Vos, Señor Jesús, Dios humanado, sois entre los hombres el Príncipe de la Paz. Sin Vos la paz es una mentira y, al final, todo se convierte en guerra.

Y es porque los hombres no comprenden esto, que buscan de todos los modos la paz, pero la paz no habita en medio de ellos.

¿Qué es entonces el hombre de buena voluntad, si no es el hombre que ama a su prójimo? ¿Será, por ventura, el que odia a su prójimo?

Al fariseo, que Os llamó buen Maestro, preguntaste: ¿por qué Me llamas bueno, si sólo Dios es bueno? (cf. Luc. 18,19).

Si sólo Dios es bueno, la buena voluntad auténtica es la que se vuelve toda para Dios y ama al prójimo, no por el mero amor del prójimo sino por amor de Dios. El hombre es tal que no puede amar al prójimo por el prójimo. O ama por amor de sí mismo, y esto es egoísmo. O ama por Dios y esto sí es amor verdadero.

En consecuencia, la “buena voluntad” agnóstica y la paz terrena que ella tiende a instaurar, ni son buena voluntad auténtica, ni paz verdadera.

Y el falso “hombre de buena voluntad” es en último análisis un sembrador de guerras y un artifice de ruinas.

* * *

PERO, dirá a quien, ¿cómo puede ser Jesús instrumento de paz, si nadie como El ha suscitado tanto odio? El populacho colmado por El de favores espirituales y materiales de todo orden, Le prefirió a Barrabás, un bandido. ¿Esto no es odio? Los Emperadores contra El movieron persecuciones atroces. Los arrianos contra El movilizaron todas las potencias de la tierra. Después vinieron los Mahometanos. Y después, y después todas las grandes rebeliones de la Historia, hasta el nacimiento y el comunismo. Además, acrecentaría tal vez alguien, Simeón bien expresó esa verdad, profetizando que El sería a lo largo de la Historia una piedra de escándalo, una señal de contradicción para la muerte y la resurrección de muchos (cf. San Luc. 2, 34). El mismo dice de Sí que traía a la tierra la guerra (cf. Mat. 10, 34). Por mejor que todo esto sea, podría argumentar un “hombre de buena voluntad” entre comillas, la verdadera paz, esto es una completa desmovilización de los espíritus, una entera cesación no sólo de todas las guerras sino de todas las polémicas, no es posible con Jesucristo. La paz sólo es auténtica cuando abstrae de todas las controversias a las que Jesucristo —sin culpa propia, concede el “hombre de buena voluntad”— da ocasión.

¿SI?, diría un hombre de buena voluntad auténtico, esto es, un hombre que con todas las fuerzas de su alma ama a Dios.

En este caso, ¿es por burla que la Escritura llama a Jesús Cristo Príncipe de la Paz (cf. Is. 9, 6), y que la Iglesia haciendo eco al Bautista (cf. Jo. 1, 29 y 36), Lo presenta como un manso Cordero a quien los hombres deben pedir el don de la paz. (“Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem”)?

¿O es porque la verdadera paz no excluye la lucha del bien contra el mal, la polémica entre la luz y las tinieblas, el perpetuo aplastar la cabeza de la Serpiente por la Virgen sin mancha, la hostilidad entre la raza criunda de la Virgen y la raza oriunda de la Serpiente? La paz es el orden de Cristo en el Reino de Cristo. Ella tiene como condición la lucha de los seguidores de Cristo contra los enemigos de Cristo. La paz de Cristo no se identifica en modo alguno con la falsa paz, sin luchas ni polémicas del pretendido “hombre de buena voluntad”.

* * *

TRES grandes lecciones, oh Dios-Niño, recogemos de vuestro Santo Nacimiento. Terminamos sabiendo que no hay paz en la tierra sin Vos. Que el hombre de buena voluntad auténtico no es quien ama al hombre por el hombre, sino quien lo ama por amor de Vos. Y que vuestra paz incluye la cesación de todas las luchas excepto vuestra incesante y gloriosa guerra contra el demonio y sus aliados, esto es, el mundo y la carne.

Virgen María, Medianera de todas las gracias, inclinada en adoración sobre el Dios-Niño, obtenednos una plena compenetración de todas estas verdades.

Y permite que en las perspectivas que ellas develan, cantemos con Vos y con todas las criaturas celestes y terrenas de las que sois Reina.

Gloria a Dios en lo más alto de los Cielos y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.



ARZOBISPADO DE LA SERENA
CASILLA 7

La Serena, 20 de Diciembre de 1964.

"FIDUCIA" tiene el alto honor de publicar en sus páginas la conceptuosa carta gentilmente dirigida por Su Excia. Rvma. Monseñor ALFREDO CIFUENTES G., Arzobispo de La Serena a esta revista.

Se trata para cuantos laboran en esta publicación, de una inapreciable voz de aliento no sólo por la elevada investidura de quien la da, sino también por su relevante personalidad de Pastor apostólico y sus reconocidas dotes intelectuales, que le han ganado un inmenso afecto y prestigio entre sus feligreses arquidiocesanos y entre cuantos han llegado a conocerlo o a tomar contacto con su vasta obra.

Señores Directores y Redactores de la Revista "FIDUCIA".

SANTIAGO.

Muy queridos amigos:

Desde hace tiempo soy lector de la Revista "FIDUCIA" que Uds. editan. He sentido el deseo de escribirles porque no puedo menos de felicitarlos muy sincera y cordialmente.

Esta Revista tiene tres caracteres muy notorios que son dignos de alabanza.

1º—Es una revista redactada por jóvenes que, antes de escribir, estudian a fondo las cuestiones y se documentan sobre ellas.

2º—Ella, se mantiene siempre dentro de la más fiel ortodoxia, fundándose en la doctrina enseñada por la Iglesia con espíritu verdaderamente católico, apostólico y romano.

3º—Ella, si tiene que refutar y discutir, lo hace con dignidad, con tranquilidad, sin herir a las personas, manteniéndose en los principios; actitud digna de encomio ya que se trata de jóvenes a quienes puede ser más difícil frenar los ímpetus propios de la controversia.

Todo esto valoriza sus páginas. Sigán con constancia su noble labor, seguros de contar con la ayuda de Dios. Sean fermento de la sana doctrina, den testimonio de ella con una vida de piedad, de caridad, de rectitud, porque el apóstol puede más con el ejemplo cuando va unido y conforme con la doctrina que difunde.

Reciban, pues, junto con la felicitación y el aliento que quiero darles, el saludo cordial y la bendición de este su Afmo. amigo en el Señor y en su Santísima Madre,

+ ALFREDO CIFUENTES G.
Arzobispo de La Serena





La libertad de la Iglesia y las tensiones entre Oriente y Occidente

Patricio Amunátegui Monckeberg

Al observar y analizar los hechos realmente decisivos ocurridos durante el año que recién termina y que han venido gestándose con anterioridad, hay ciertas líneas centrales que es necesario destacar, dado que ellas están señalando los derroteros por los cuales va desplazándose la sociedad humana. Señalar tales trazos centrales es tarea que se hace cada vez más urgente si pensamos cómo va deformándose la visión de las gentes que reciben a diario las informaciones interesadas y parciales de las agencias cablegráficas y los comentarios engañosos y oportunistas de cierta prensa aparentemente objetiva, pero hábilmente dirigida.

Así, por ejemplo, a través de estos últimos meses se ha ido dejando en las conciencias de los pueblos occidentales —entre ellos, el nuestro— la idea de que el mundo ha llegado a una etapa de su evolución en la que el socialismo “desligado de sus aspectos dogmáticos”, se ofrece como la solución eficaz, laica y avanzada que no sólo daría solución a los problemas económico-sociales; sino que adoptada por las naciones occidentales, **alejaría el fantasma de la guerra** y que nos acercaría anímicamente y estructuralmente al mundo marxista, abriéndose así posibilidades de una paz estable... Esta es la tesis que los agentes marxistas han esparcido desde los más diversos ángulos y medios entre los pueblos anticomunistas, con singular y lamentable éxito, especialmente durante el año que termina. La aceptación progresiva de esta nueva maniobra comunista en el terreno de las relaciones internacionales y en la organización interna de los países, ha sido la triste y alarmante nota dominante del acontecer actual. Esto lo demuestran en forma fehaciente los hechos de hoy:

LOS HECHOS REALES

Se iniciaba el año que hoy termina, con situaciones tales como la imposición por parte especialmente de Francia, de una neutralización a los países asiáticos que aún lograban tenazmente defenderse de los gigantes marxistas que los rodean. Y de un modo particular, se iniciaba el año con la caída —ante la “pasividad” norteamericana— del régimen anticomunista de Vietnam en la cual se vieron implicados como posteriormente se supo, agentes franceses. Entre tanto, el mundo comunista destacaba a China Roja como **una amenaza cierta de una guerra nuclear**, ejerciendo de tal modo una brutal presión psicológica sobre los pueblos de Europa, a los cuales afecta enormemente, por razones obvias, la posibilidad siquiera de una tensión al respecto. En esos días, Francia reanudó sus relaciones con China Roja y posteriormente inició trámites para incluir a dicha nación comunista progresivamente en distintos organismos internacionales... Por otra parte, aquí en América, se agita con nuevos bríos el **combate abierto o encubierto al derecho de propiedad privada**, a través de la agitación reformista e igualitaria especialmente en lo relacionado con el agro.

Más adelante comenzó a notarse en el bloque occidental europeo, cómo se operaba un cambio más o menos perceptible en la política exterior alemana e inglesa respecto de las relaciones con el bloque comunista, haciéndose cada vez más complaciente. Y en Italia, después de largo tiempo de apertura a la izquierda y de “reformas estructurales”, se reflejaba una agitación creciente y un avance cada vez mayor del ya muy poderoso Partido Comunista italiano (lo cual ha quedado nuevamente de manifiesto en las últimas elecciones municipales y en la del señor Saragat, elegido Presidente en estos días).

También los cables nos trajeron la noticia de las jiras del depuesto Primer Ministro de Rusia, que iba proclamando la **paz** y el “**cambio de rostro**” de su régimen que ahora, alentando las tendencias occidentales, se ofrecía sonriente y solícito a las potencias anticomunistas. Junto con

ello las naciones satélites del comunismo hablaban así mismo el táctico lenguaje de la “coexistencia” y, simulando independencia y soberanía propias, buscaban ayuda económica en los planes de fomento de Occidente; se distinguió en ello Polonia y bien sabe el Cardenal Wysinski y bien lo saben los lectores (1) cómo era falso y sólo estratégico aquel nuevo rostro presentado por Rusia y sus naciones satélites. Entre tanto en Occidente se repetía, como se sigue repitiendo: “el mundo evoluciona y se unifica; Occidente debe socializarse y los países marxistas garantizar ciertas libertades e iniciativas particulares y deben terminar con la persecución religiosa”.

La estrategia marxista viene ofreciendo así un futuro utópico e irreal que no resiste el menor análisis y que tiene por resultado **la marxización sutil de las mentalidades y estructuras occidentales** a cambio de las falsas y calculadas declaraciones de coexistencia. Así planteado el problema como lo sostenía un informe comunista, todo es cuestión de tiempo: “nuestros teóricos e intelectuales tienen la batalla ganada, pues al frente de ellos ya no hay intelectuales anticomunistas, sino socialistas...”

No necesitamos por cierto, recordar a nuestros lectores que no hay fantasía alguna en estas afirmaciones, ellas se desprenden de una observación rectamente independiente y sin tabúes ni complejos, de lo que realmente ha ocurrido en este último tiempo y ha sido demostrado en forma indiscutible a través del descubrimiento de la misión y actividades del grupo marxista “PAX” de Polonia, encargado por el comunismo de alentar la formación de una **tercera posición conciliatoria** con el marxismo en Occidente y de presentar el caso polaco, como un ideal de “convivencia pacífica y fructífera” entre los principios cristianos y sus seguidores, y el régimen marxista que aparenta atenuaciones (2).

Pero esto no es todo, para completar el cuadro que hemos trazado faltan aún por considerar las actuaciones del grupo de naciones “no comprometidas” que ocupan de hecho ya esta “tercera” posición socialista y son un elemento más, consciente o inconsciente según los casos, de la presión marxista sobre Occidente. Tal grupo de naciones ha sido por ejemplo implacable con el único líder que se muestra no comunista, como es Moise Shombe, que ha sido expulsado de la última conferencia internacional de éstas y cuya nación ha sido especialmente afectada por los inescrupulosos métodos de la secta internacional.

El juego y los matices de la estrategia marxista escapan ciertamente a la brevedad de estas líneas, querremos eso sí responder a la objeción que posiblemente nos haga alguien, en el sentido de que la caída de Nikita Khrushchev estaría en contradicción con estas afirmaciones que hemos hecho. Ello no es así porque dentro de lo impenetrable de la situación, los resultados concretos están dados por las recientes actitudes del Primer Ministro laborista Wilson; que propugna un mayor acercamiento con Rusia, dejando ver que la incógnita planteada por el advenimiento de los nuevos jefes rusos hace más “necesario” aún que Occidente busque contacto con ellos, para evitar una eventual reconciliación” de éstos con China Comunista. Por otra parte, en forma coincidente con esto, se anuncia en toda Europa y en el mundo entero, que China posee armamento nuclear; noticia que trae el cable con grandes caracteres y mucha frecuencia. Es decir, **nuévemente el comunismo presenta al mundo el fantasma de la guerra y ofrece como la otra disyuntiva para Occidente una paz que signifique un abandono del anticomunismo definido por parte de éste**, así como alienta la progresiva socialización de nuestras naciones. Esta es la disyuntiva interna que se les presenta a los pueblos que las integran, que son llamados así a repudiar a los líderes marcadamente anticomunistas para preferir a aquellos que propugnen la tercera posición socialista que aparece como garantía de paz y coexistencia...

VERDADES

OLVIDADAS

“Nadie puede al mismo tiempo ser buen católico y socialista verdadero”

S. S. PIO XI

EL PROBLEMA COMUNISTA Y LAS REPERCUSIONES DE UNA TESIS CONTRA-REVOLUCIONARIA

Nos encontramos entonces así con que —quieranlo o no tantos seudointelectuales de nuestros días— el problema del Comunismo y su avance ya sea sangriento o solapado en esta época, sigue siendo la situación más grave a la que históricamente estamos llamados a enfrentarnos: es falsa en consecuencia, y sólo favorece a la estrategia marxista, la idea de que las nuevas corrientes "intermedias y progresistas" hayan superado el problema marxista... no lo han superado: ¡Son su mejor arma! Vienen a significar la quiebra moral, política y económica de nuestras naciones y la desmovilización de nuestras propias conciencias para la defensa de valores tan negados por el marxismo, como la libertad en su recta expresión, la propiedad privada, la educación religiosa, la acción libre y sagrada de la Iglesia y todo cuanto constituye nuestra riqueza espiritual.

No podemos olvidar y negarnos al hecho de que la Revolución nos corroe internamente y nos acerca a través de ideas, legislaciones y reformas hacia el sistema de vida y la concepción social-económica del marxismo.

Pero si aún se dudase de la realidad palpable de esta clara y probada estrategia marxista, los lectores de "Fiducia" especialmente, tienen un índice claro de su exactitud: se trata de las vastas y reveladoras repercusiones internacionales del magistral estudio del catedrático y pensador católico brasileño Dr. Plinio Correa de Oliveira, titulado: "LA LIBERTAD DE LA IGLESIA EN EL ESTADO COMUNISTA". En dicha obra, el autor denuncia como una maniobra marxista tendiente a desmovilizar los espíritus especialmente los de los católicos, que son la más fuerte resistencia a la implantación del Marxismo, este llamado "cambio de rostro" del comunismo; que incluso llegó a realizar ciertas distensiones momentáneas en sus métodos persecutorios. Prueba sobradamente así mismo el autor, la imposibilidad de que pueda haber coexistencia pacífica y armónica entre la Iglesia Católica —y otras confesiones religiosas— y un régimen más o menos marxista en un Estado determinado. Y desarrolla entre otros puntos fundamentales de incompatibilidad esencial con un régimen socialista, el derecho de propiedad privada a cuya conculcación la Iglesia, en consonancia con su sagrada misión, no podría permanecer indiferente ni en silencio; ya que la violación de ese derecho importa atentar contra la ley natural y el propio Decálogo y afecta profundamente al desarrollo de la vida humana, de la familia, la sociedad civil y al propio cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Pero decíamos que las inusitadas repercusiones en todo el mundo del citado estudio venían a confirmar la realidad de las tácticas marxistas arriba expuestas. En efecto, ¿cómo se explicaría que en la actualidad la obra de un católico que es exponente inequívoco de la lucha contra-revolucionaria haya encontrado eco en las principales capitales del mundo; si no es porque ha puesto el dedo en la llaga del más grave problema actual? Más aún ¿cómo se explicaría si así no fuera, que siendo ésta la obra de un iberoamericano sea reproducida en la más importante prensa de Francia e Italia y provoque agudas controversias en los círculos intelectuales y religiosos de dichos países? Y esto no es todo, porque, como lo recuerdan los lectores (3), el hecho más sugestivo que revela lo oportuno y veraz de las tesis del profesor Correa de Oliveira es que en Polonia, país modelo en el plan comunista, el citado estudio fue pública y esmeradamente atacado en distintas publicaciones que mantiene en dicho país el grupo de agentes marxistas denominado "PAX", del cual tienen amplias referencias nuestros lectores.

Para finalizar estas generales apreciaciones, queremos concluir señalando que no ha sido nuestra intención hacer un análisis doctrinario del problema; sino hacer una exposición de hechos que nos vienen a revelar cuales son las proporciones de la táctica que el marxismo ha desarrollado especialmente durante este año de 1964 y cómo favorecen así mismo a los propósitos marxistas, el acercamiento interno que, a través de ciertas reformas de corte socialista en nuestras estructuras y de una indefinida política internacional, viene produciéndose en nuestras naciones occidentales con respecto al bloque comunista.

(1) "El grupo PAX e INFORMATIONS CATHOL. INTER". (Fiducia N° 11).

(2) "El grupo marxista PAX y un artículo de la revista MENSAGE", (Fiducia N° 13).

(3) "Carta Abierta al Dr. Plinio Correa de Oliveira", (Fiducia N° 7).

"FIDUCIA"

Director: PATRICIO LARRAIN B.

Casilla 13772. - Correo 15.

Santiago - Chile.

Impresa en Talleres "Ciaret".

SUSCRIPCION:

Gran benefactor 12 N.os Eº 15,—
Colaborador 12 N.os Eº 8,—
Corriente 12 N.os Eº 3,50

Si desea suscribirse, envíe cheque cruzado a nombre de Patricio Larraín B., a nuestra dirección.

"La propiedad privada es necesaria al equilibrio y la santificación del hombre"

De "La Libertad de la Iglesia en el Estado Comunista", del Dr. Plinio Correa de Oliveira. Estudio en el que el conocido pensador católico brasileño se extiende magistralmente sobre la importancia del derecho de Propiedad Privada para la subsistencia de un recto orden en la sociedad y del ejercicio libre de la misión sagrada de la Iglesia en un régimen social:

"Múltiples son los motivos por los cuales la institución de la propiedad privada es indispensable a los individuos, a las familias y a los pueblos. Sobrepasaría los límites del presente trabajo una exposición completa de esos motivos. Atengámonos a la explicación de aquel que más directamente importa a nuestro tema: como hace poco afirmamos, tal institución es necesaria al equilibrio y a la santificación del hombre.

Siendo naturalmente dotado de inteligencia y voluntad, el hombre tiende por sus propias facultades espirituales a proveer todo cuanto es necesario para su bien. De donde le viene el derecho de procurar por sí mismo las cosas que precisa y de ellas apropiarse cuando no tienen dueño. De ahí le viene igualmente el derecho de proveer de modo estable sus necesidades del día de mañana, apropiándose del suelo, cultivándolo y produciendo para ese cultivo, sus instrumentos de trabajo. En suma, es porque tiene alma que el hombre tiende incontestablemente a ser propietario.

Y es en esto, dicen León XIII y San Pío X, que su posición frente a los bienes materiales lo distingue de los animales irracionales: "IV—El hombre tiene sobre los bienes de la tierra, no solamente el simple uso, como los brutos, sino también el derecho de propiedad estable, tanto respecto de las cosas que se consumen con el uso, como de las que el uso no consume" (Encíclica Rerum Novarum), (San Pío X, Motu Proprio sobre la Acción Popular Católica, de 18 de Diciembre de 1903—A.A.S., vol. 36, pág. 341-343).

Ahora, como el dirigir su propio destino y proveer a su propia subsistencia es objeto próximo, necesario y constante del ejercicio de la inteligencia y de la voluntad, y la propiedad es medio normal para que el hombre esté y se sienta seguro de su porvenir y señor de sí, acontece que abolir la propiedad privada, y en consecuencia entregar al individuo como hormiga inerte a la dirección del Estado, es privar a su mente de algunas de las condiciones básicas de su normal funcionamiento. Es llevar a la atrofia por el inejercicio a las facultades de su alma, es, en suma, deformarlo profundamente. De ahí, en gran parte, la tristeza que caracteriza a los pueblos sujetos al comunismo, bien como el tedio, las neurosis y los suicidios cada vez más frecuentes en ciertos países largamente socialistas del Occidente.

Es bien sabido, en efecto, que las facultades del alma que no se ejercitan, tienden a atrofiarse. Por el contrario, el ejercicio adecuado puede desarrollarlas, a veces, hasta prodigiosamente. En esto se fundan gran número de prácticas didácticas y ascéticas aprobadas por los mejores doctrinarios y consagradas por la experiencia.

Siendo, la santidad, la perfección del alma, bien se comprende de cuánta importancia es, para la salvación y santificación de los hombres, lo que de ahí se concluye.

CATOLICISMO

Editado en la Diócesis de Campos, Brasil.

AGENTES EN CHILE

SUSCRIPCION ANUAL:

Al exterior 12 N.os Eº 10,—

Si desea suscribirse, envíe cheque cruzado a nombre de Patricio Larraín B., a nuestra dirección.

María, madre de la Iglesia

Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título.

Se trata de un título, venerables hermanos, que no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien, con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo Encarnado.

La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de Aquél, que desde el primer instante de la Encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores, es decir, de la Iglesia.

VIVA CONFIANZA DE TODO EL GENERO HUMANO

Con ánimo lleno de confianza y amor filial elevamos a Ella la mirada, a pesar de nuestra indignidad y flaqueza; Ella, que nos dio con Cristo la fuente de la gracia, no dejará de socorrer a la Iglesia que, floreciendo ahora en la abundancia de los dones del Espíritu Santo, se empeña con nuevos ánimos en su misión de salvación.

Nuestra confianza se aviva y confirma más considerando los vínculos estrechos que ligan al género humano con nuestra Madre celestial. A pesar de la riqueza en maravillosas prerrogativas con que Dios la ha honrado, para hacerla digna Madre del Verbo Encarnado, está muy próxima a nosotros. Hija de Adán, como nosotros, y por tanto, hermana nuestra con los lazos de la naturaleza, es sin embargo una criatura preservada del pecado original en virtud de los méritos de Cristo, y que a los privilegios obtenidos suma la virtud personal de una fe total y ejemplar, mereciendo el elogio evangélico "Bienaventurada porque has creído". En su vida terrena realizó la perfecta figura del discípulo de Cristo, espejo de todas las virtudes, y encarnó las bienaventuranzas evangélicas proclamadas por Cristo. Por lo cual, toda la Iglesia, en su incomparable variedad de vida y de obras, encuentra en Ella la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo.

Por lo tanto, auguramos que con la promulgación de la Constitución sobre la Iglesia, sellada por la proclamación de María Madre de la Iglesia, es decir, de todos los fieles y pastores, el pueblo cristiano se dirigirá con mayor confianza y ardor a la Virgen Santísima y le tributará el culto y honor que a Ella le compete.

En cuanto a nosotros, ya que entramos en el aula conciliar, a invitación del Papa Juan XXIII, el 11 de Octubre de 1961, a una "con María, Madre de Jesús", salgamos, pues, al final de la tercera sesión, de este mismo templo, con el nombre santísimo y gratísimo de María Madre de la Iglesia.

En señal de gratitud por la amorosa asistencia que nos ha prodigado durante este último período conciliar que cada uno de vosotros, venerables hermanos, se comprometa a mantener a todo en el pueblo cristiano el nombre y el honor de María, uniendo en Ella el modelo de la fe y de la plena correspondencia a todas las invitaciones de Dios, el modelo de la plena asignación de la doctrina de Cristo y de su caridad, para que todos los fieles, agrupados por el nombre de la Madre común, se sientan cada vez más firmes en la fe y en la adhesión a Cristo, y también fervorosos en la caridad para con los hermanos, promoviendo el amor a los pobres, la justicia y la defensa de la paz. Como ya exhortaba el gran San Ambrosio: "Viva en cada uno el espíritu de María para ensalzar al Señor; reine en cada uno el alma de María para glorificar a Dios" (San Ambrosio, exposición sobre Lucas, 2, 26; P. L. 15, 1.642).



Nuestra revista publica en esta ocasión con especial alegría las hermosas palabras de Su Santidad Paulo VI al clausurar la tercera sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II, que desgraciadamente no fueron transcritas in extenso en la prensa como en ocasiones anteriores. Nuestros lectores supieron tras la escueta nota del cable, que Su Santidad Paulo VI al clausurar la tercera sesión y promulgar tres decretos conciliares proclamó también a Nuestra Señora como Madre de la Iglesia, título que tiene riquísima fundamentación teológica y larga tradición reafirmada por casi todos los últimos Pontífices.

"Fiducia", cuyos redactores hemos destacado en repetidas ocasiones nuestra irrestricta devoción a la Cátedra de Pedro, da a conocer con íntima alegría de católicos, los extensos párrafos en que Su Santidad se refie-



“Encomendamos

a tu Inmaculado Corazón

todo el género humano”

LA ROSA DE ORO AL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE FATIMA

Especialmente queremos que aparezca con toda claridad que María, sierva humilde del Señor, está completamente relacionada con Dios y con Cristo, único Mediador y Redentor nuestro. E igualmente que se ilustren la naturaleza verdadera y el objetivo del culto mariano en la Iglesia, especialmente donde hay muchos hermanos separados, de forma que cuantos no forman parte de la comunidad católica comprendan que la devoción a María, lejos de ser un fin en sí misma, es un medio esencialmente ordenado a orientar las almas hacia Cristo, y de esta forma unir las almas al Padre, en el amor del Espíritu Santo.

Al paso que elevamos nuestro espíritu en ardiente oración a la Virgen, para que bendiga el Concilio Ecuménico y a toda la Iglesia, acelerando la hora de la unión entre todos los cristianos, nuestra mirada se abre a los ilimitados horizontes del mundo entero, objeto de las más vivas atenciones del Concilio Ecuménico, y que nuestro predecesor Pío XII, de venerable memoria, no sin una inspiración del Altísimo, consagró solemnemente al Corazón Inmaculado de María. Creemos oportuno, particularmente hoy, recordar este acto de consagración. Con este fin hemos decidido enviar próximamente, por medio de una misión especial, la Rosa de Oro al Santuario de la Virgen de Fátima, muy querido, no sólo por la noble nación portuguesa —siempre, pero especialmente hoy, apreciada por Nos—, sino también conocido y venerado por los fieles de todo el mundo católico. De esta forma también Nos pretendemos confiar a los cuidados de la Madre celestial toda la familia humana, con sus problemas y sus afanes, con sus legítimas aspiraciones y ardientes esperanzas.

FERVIENTE INVOCACION A LA INMACULADA REINA DEL UNIVERSO

Virgen María, Madre de la Iglesia, te recomendamos toda la Iglesia, nuestro Concilio Ecuménico

“Socorro de los Obispos”, protege y asiste a los Obispos en su misión apostólica, y a todos aquellos, sacerdotes, religiosos y seglares, que con ellos colaboran en su arduo trabajo.

Tú, que por Tu mismo divino Hijo, en el momento de su muerte redentora, fuiste presentada como Madre al discípulo predilecto, acuérdate del pueblo cristiano, que en Ti confía.

Acuérdate de todos tus hijos; avala sus preces ante Dios; conserva sólida su fe; fortifica su esperanza; aumenta su caridad.

Acuérdate de aquellos que viven en la tribulación, en las necesidades, en los peligros, especialmente de aquellos que sufren persecución y se encuentran en la cárcel por la fe. Para ellos, Virgen Santísima, solicita la fortaleza y acelera el ansiado día de su justa libertad.

Mira con ojos benignos a nuestros hermanos separados, y dignate unirnos. Tú que has engendrado a Cristo, fuente de unión entre Dios y los hombres.

Templo de la luz sin sombra y sin mancha, intercede ante tu Hijo Unigénito, Mediador de nuestra reconciliación con el Padre (Cf. V, XI), para que sea misericordioso con nuestras faltas y aleje de nosotros la desidia, dando a nuestros ánimos la alegría de amar.

Finalmente, encomendamos a Tu Corazón Inmaculado todo el género humano; condúcelo al conocimiento del único y verdadero Salvador, Cristo Jesús; aleja de él el flagelo del pecado, concede a todo el mundo la paz en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor.

Y haz que toda la Iglesia, celebrando esta gran asamblea ecuménica, pueda elevar al Dios de las misericordias un majestuoso himno de alabanza y agradecimiento, un himno de gozo y alegrías, pues grandes cosas ha obrado el Señor por medio tuyo, clemente, piadosa y dulce Virgen María.

re a María Santísima proclamando solemnemente su título de Madre de la Iglesia y realizando además un ferviente acto de devoción con el envío de la Rosa de Oro al Santuario de Fátima, así como con la oración y palabras finales al Inmaculado Corazón de María

Creemos que estos gloriosos actos en honor y alabanza de la Madre de Dios, realizados por el Vicario de Su Hijo en la tierra, traen al pueblo cristiano en medio de la confusión y desorden en que hoy se debate el mundo escindido por la Revolución, incalculable consuelo y fortaleza y el recuerdo de la promesa hecha por nuestra Señora en Fátima, que habrá de cumplirse aún después que la Humanidad por haber vuelto las espaldas a Dios y a su Iglesia, pase momentos de gran zozobra y amargura: “Mas al fin mi Inmaculado Corazón triunfará”.

(2) - Los Católicos Franceses en el S. XIX

"L'Avenir" apareció en la segunda fase de Lamennais, cuando éste renunciando a sus antiguos principios procuraba introducir en la Iglesia el espíritu de la Revolución. El periódico formaba parte de un gran movimiento y mediante él se procuraba alcanzar a todas las capas del pueblo francés; era orientado por la "Agencia General para la defensa de la libertad religiosa", extendida en toda Francia con la finalidad de congregar a los católicos en la lucha común.

Jugando con el concepto de libertad, el cual en su verdadera acepción es mero atributo de la verdad y por tanto de la Iglesia, la Agencia tenía por lema la reconciliación entre la Iglesia y la libertad, y como uno de los puntos de su programa, la conquista de la libertad de enseñanza. Cupo a ella, a pesar de sus graves errores, la gloria de haber trabado la primera batalla en favor de esa libertad, batalla que, por las circunstancias que la rodearon y por los hombres que en ella estuvieron empeñados, estaba destinada a quedar en la Historia.

Como vimos en el artículo anterior, la Carta jurada por Luis Felipe prometía la libertad de enseñanza, pero bajo el pretexto de que el gobierno preparaba las leyes que la regularían, la concretización de esta libertad era indefinidamente aplazada y en cambio el monopolio de la Universidad, se acentuaba día a día.

Después de esperar un año, la "Agencia General para la defensa de la libertad religiosa" resolvió lanzarse a la lucha. En poco tiempo obtuvo las firmas de quince mil padres de familia para una presentación que pedía que las leyes reguladoras de la disposición constitucional fuesen enviadas a la Cámara de Diputados. "L'Avenir" en todas sus ediciones se batía en favor de esta petición. Como respuesta el gobierno reafirmó que las leyes estaban siendo preparadas y por medio del Ministro de Educación, M. de Montalivet, claramente demostró su desagrado mediante el cierre de las escuelas parroquiales de Lyon, que hasta entonces habían sido toleradas. Estas escuelas eran antiquísimas y nada tenían que ver con la orientación de la enseñanza que daba la Universidad, pues eran exclusivamente destinadas a la enseñanza de las primeras letras a los niños pobres que querían dedicarse al servicio de la Iglesia. Con esta medida, M. de Montalivet demostraba que la tendencia del gobierno era fortalecer el monopolio de la Universidad evitando, cuanto fuera posible, el cumplimiento de la Carta.

En los primeros días de Mayo de 1831, empezaron a aparecer carteles en los muros de París con las siguientes leyendas: "La Agen-

cia General para la defensa de la libertad religiosa" — "Libertad de enseñanza" — "La Agencia General para la defensa de la libertad religiosa funda una escuela gratuita para alumnos externos, sin autorización de la Universidad, en la calle de las Bellas Artes Nº 5 en París..." La instrucción será impartida a los niños por los miembros de la Agencia General, M. de Coux, Padre Lacordaire y el Vizconde de Montalembert, quienes toman sobre sí la responsabilidad legal por esta escuela..."

Lamennais colocaba como profesores a tres de sus discípulos más representativos. El Conde de Coux, quien fuera profesor de Economía Política en la Universidad de Lovain y hombre respetado en los medios cultos franceses. El Padre Lacordaire, abogado convertido ya era considerado un gran orador sagrado, fama que llegó al auge con sus conferencias en Notre Dame. El Vizconde de Montalembert era hijo de una Par de Francia, heredero de un nombre ilustre y aunque tenía apenas 20 años en esa época, su inteligencia ya lo hacía líder de la nueva generación y, más tarde, sería uno de los mejores oradores de Francia.

El 9 de Mayo de 1831 comenzaron las clases con gran afluencia de alumnos. Y aún cuando el Conde de Coux, Lacordaire y Montalembert esperaron represalias del gobierno, no fueron incomodados.

Pero, al día siguiente, cuando solamente se encontraba Lacordaire enseñando a los alumnos, llegó la policía y el comisario invadiendo la sala de clases, exclamó: "En nombre de la Ley declaro la escuela cerrada y ordeno a los alumnos que no vuelvan más, hasta que la justicia se pronuncie".

Sin responder una palabra, Lacordaire, arrodillándose con sus alumnos, recita el "Sub tuum praesidium" y luego les dice: "Hijos míos, ustedes están aquí por orden de sus padres, están aquí como en sus brazos y ningún poder a no ser la justicia puede separarnos. Los espero a todos mañana a las ocho".

Al día siguiente una nueva visita de la policía esta vez esperada por Lacordaire, de Coux y Montalembert, quienes son intimidados a cerrar la escuela. Ante la nueva negativa, el comisario dirigiéndose

"L'AVENIR"

Bertrand de Houlemy

a la sala de clases, grita: "En nombre de la ley ordeno que los alumnos se retiren".

Lacordaire, adelantándose, replica: "En nombre de vuestros padres, de quien tengo la autoridad, ordeno que os quedéis".

Ante esta resistencia, los niños son expulsados a la fuerza por la policía, la escuela es cerrada y se instaura un proceso contra los profesores.

El gobierno pretendía tratar el asunto sin darle mayor importancia y poner término al caso lo más pronto posible para así no dar tiempo a "L'Avenir" de informar a la opinión pública y conquistarla. Frente a esta primera resistencia pretendía opacar el proceso mandando que la propia policía lo juzgase. Lacordaire, sin embargo, que antes había sido abogado, alegó la incompetencia de la policía y pidió que la causa fuese llevada al Juzgado. Tal vez por espíritu de independencia con relación al gobierno, tal vez intimidados por la reputación de los acusados, los jueces de policía atendieron el pedido de Lacordaire.

La cuestión se complicaba y las derrotas del gobierno comenzaban a hacer que la causa que éste se jactaba de considerar muy pequeña y sin importancia, fuese poco a poco creciendo y atrayendo a la opinión pública. "L'Avenir" no perdía oportunidad de explotar el proceso de un modo inquietante.

Tratando de silenciar la campaña el gobierno mandó que el juicio se hiciese sin tardanza. Mientras todo esto sucedía, muere el padre de Montalembert, quien se ve así elevado a Par de Francia, con derecho a ser juzgado por la Cámara de los Pares, la más alta institución política de la Francia de aquella época.

Usando de este derecho, Montalembert pidió ser juzgado por sus pares, lo que provocó verdadero pánico entre éstos. El Barón Pasquier, presidente de la Cámara, procuró por todos los medios, vencer a Montalembert que desistiera de sus pretensiones. Uno de los Pares, irritado, llegó a exclamar: "Si viniese a ese joven la idea de dejar caer un florero sobre la cabeza de alguien, él nos forzaría a reunirnos para juzgarlo". Mas al fin, ante la firmeza de Montalem-

bert, la Cámara se vio obligada a aceptar su pedido; el proceso que el gobierno trataba por todos los medios de opacar, se transforma de pronto, en una cuestión nacional.

"Ved, decía "L'Avenir". Ved a este francés investido de la dignidad de par. Una vida nueva comienza para él. Todas las jurisdicciones criminales están muertas para él. Posee para siempre el derecho de hacer leyes y lo transmite a sus hijos. Pues bien, este ciudadano lleno de prerrogativas no puede ser maestro de escuela".

El día del juicio era esperado ansiosamente. Todo lo que la Francia poseía de mejor y más ilustre quería ver al joven par, defenderse; toda la juventud gozaba de antemano el espectáculo de ver a un joven de veinte años enfrentando a la Cámara de los Pares. Todos se disputaban las entradas.

En el día señalado, el edificio de la Cámara estaba repleto. En las tribunas todos comentan y el ambiente se muestra favorable a los acusados. Subiendo a la tribuna, para hacer su propia defensa, Montalembert lleva al paroxismo el entusiasmo de los asistentes cuando responde al Barón de Pasquier, quien pregunta por su profesión: "Charles de Montalembert, par de Francia y maestro de escuela".

Defendiéndose de la acusación que le era hecha, Montalembert pronuncia su primera gran pieza oratoria y Lacordaire, responde a los representantes del gobierno con uno de los más extraordinarios discursos de su vida. La sesión termina con un éxito enorme para los acusados, habiendo declarado el Barón Pasquier al referirse al discurso de Montalembert, que la Cámara de los Pares había visto ese día la aurora de un gran hombre.

Al día siguiente, los pares se reúnen en sesión secreta para resolver. El proceso era embarazoso. Por un lado estaba el derecho y la impresión causada en el público por la sesión del día anterior, por el otro el gobierno que deseaba la condenación. La discusión duró cuatro horas. Después de las cuales, la Cámara condenó a los reos a cien francos de multa. Esa pena irrisoria equivalía a la absolución. De modo que la primera batalla terminaba con un triunfo para los católicos.

Poco tiempo después, "L'Avenir" y la Agencia eran cerradas y Lamennais condenado por la Santa Sede. La campaña por la libertad de enseñanza iba a esperar ocho años para ser reiniciada. Durante este tiempo, Montalembert se dedicará a la formación del Partido Católico con el cual llevará adelante la lucha. En esta lucha "L'Avenir" será sustituido por "L'Univers" de Louis Veuillot.

En el próximo artículo veremos los primeros tiempos de "L'Univers" y la formación del Partido Católico.



El derecho de propiedad y el proyecto de reforma constitucional

Hay quienes piensan que la defensa enérgica del derecho de propiedad constituye la defensa de bienes económicos y materiales. Otros, yendo más lejos, advierten que dicha defensa está ligada, además, a la salvaguardia de los principios de "democracia y libertad". Ambos tienen parte de razón; sólo que se han quedado trunco en sus fundamentos.

La defensa del derecho de propiedad es, en verdad, la defensa de un principio de derecho natural, necesario para la conformación de una sociedad cristiana, que permita a quienes forman parte de ella, su realización como seres humanos. No se trata, pues, entonces, de un principio que sirva de base tan sólo a un régimen político, la democracia, que es uno de varios regímenes políticos legítimos (si reúne ciertos requisitos) y que es esencialmente mudable y perecedero. Se trata, más allá de eso, de la defensa de un principio básico de la civilización cristiana, exigido por dos preceptos del Decálogo y por todas las Encíclicas Sociales, sin excepción.

Es así como Su Santidad Pío XI, en Cuadragesimo Anno, señalaba: "La supresión de la propiedad privada, lejos de redundar en beneficio de la clase trabajadora, constituirá su más completa ruina" (Bac. pág. 713).

Más tarde, ante la propagación de doctrinas que, no osando negar el derecho de propiedad privada, propugnaban un ordenamiento jurídico que lo hacía imposible en la práctica, Su Santidad Pío XII advertía: **La conciencia cristiana no puede admitir como justo un ordenamiento social que, o niega en absoluto, o hace prácticamente imposible o vano el derecho natural de propiedad, tanto de los bienes de consumo como de los medios de producción.** ("Docs. Soc." Bac., pág. 983).

Por último, Su Santidad Juan XXIII, en su célebre Encíclica Mater et Magistra, en una completísima exposición sobre la materia, enseñaba: **"Ciertamente han contribuido los indicados aspectos que presenta el mundo económico, a difundir la duda sobre si haya dejado de ser válido o perdido importancia un principio, del orden económico-social, constantemente enseñado por Nuestros Predecesores; o sea el principio del derecho natural de la propiedad privada de los bienes, incluso de los productivos.**

Esa duda no tiene razón de existir. El derecho de propiedad privada de los bienes, aún de los productivos, tiene valor permanente, precisamente porque es derecho natural fundado sobre la prioridad ontológica y de finalidad, de los seres humanos particulares, respecto a la sociedad. Por otra parte, en vano se insistiría en la libre iniciativa personal en el campo económico, si a dicha iniciativa no le fuese permitido disponer libremente de los medios indispensables para su afirmación.

Y además, la historia y la experiencia atestiguan que, en los regímenes políticos que no reconocen el derecho de propiedad privada de los bienes incluso productivos, son oprimidas y sofocadas las expresiones fundamentales de la libertad; por eso es legítimo deducir que éstas encuentran garantía y estímulo en aquel derecho".

Agregaba que, no bastando lo anterior había también que "propugnar insistentemente su efectiva difusión entre todas las clases sociales", y concluía recordando que "otro punto de doctrina, propuesto constantemente por Nuestros Predecesores, es que, al derecho de propiedad privada sobre los bienes, le es intrínsecamente inherente una función social".

He ahí expuesta, diáfana, la doctrina católica sobre la propiedad; no puede entenderse la función social de la propiedad, sin considerar su efectiva difusión en todos los estratos de la so-

ciudad y no puede realizarse dicha difusión sin tener en cuenta que no es lícito violar el derecho de los legítimos propietarios (no olvidemos que el fin no justifica los medios) y que tampoco se puede establecer un ordenamiento jurídico que entregue al Estado el control absoluto de un derecho que "por tener validez en todo tiempo, en cuanto se funda en la naturaleza de las cosas" (1), es anterior y superior al Estado.

No están conformes ni con la doctrina pontificia ni con el derecho natural, quienes pretenden encontrar y desarrollar el aspecto social de la propiedad en detrimento de su carácter individual. Su Santidad Pío XI prevenía que **"rechazando o disminuyendo el carácter privado e individual de tal derecho se va necesariamente a dar en el colectivismo o a rozar en sus errores"**. (Bac. Quad. Anno, pág. 714).

Podría decirse, pues, aunque parezca paradójico, que uno de los aspectos del derecho de propiedad de mayor relevancia social es el carácter individual. Sólo la relación personal, directa, con facultad de disposición razonable, entre un hombre y una cosa, constituye acabadamente a la propiedad. La relación hombre-cosa debe tener esa inmediatez que dentro del Derecho Civil tradicional caracteriza a los Derechos Reales, por oposición a los derechos personales.

Por todo lo anterior, resulta plenamente justificada la alarma que, en numerosos sectores ciudadanos, ha causado la presentación al Congreso Nacional por S. E. el Presidente de la República, de un proyecto de Reforma Constitucional al Artículo 10 N° 10 en el que se asegura a todos los habitantes de la República "la inviolabilidad de todas las propiedades, sin distinción alguna".

El proyecto presentado por el Gobierno propone modificaciones substanciales al articulado de esta disposición. En efecto, luego de consagrar "el derecho de propiedad en sus diversas especies" y de considerar su función social, agrega: "Nadie puede ser privado de su propiedad sino en virtud de ley general o especial que autorice la expropiación para que aquélla cumpla con la función social que el legislador califique. El expropiado tendrá siempre derecho a la indemnización. La ley determinará las normas para fijar la indemnización, el tribunal que conozca de las reclamaciones sobre su monto, la forma de extinguir esta obligación, la parte que deba enterarse al contado, el plazo y condiciones en que se entregará el saldo, si lo hubiere, y las oportunidades y modo en que el expropiador tomará posesión material del bien expropiado".

Esto equivale a dejar en manos de la ley, en manos de los Poderes Públicos, es decir, del Estado, la facultad de privar a un legítimo propietario de su derecho, fijarle la indemnización que le plazca (imaginamos que tanto más irreal cuanto más lo exija "el progreso social") y la forma como se cancelará la indemnización. Esta no será ya, previa y en dinero, como dispone la Constitución actual, con la excepción de los predios rústicos notoriamente mal explotados; ahora, podrá ser en plazos y con condiciones fijadas por la ley, sin posibilidad alguna de reclamación, ya que del texto del proyecto se infiere que sólo podrá protestarse del monto de la indemnización pero no de la forma de pago. Y, para completar el cuadro, será la ley la que determine, también, el tribunal que deberá conocer de dichas reclamaciones.

Esto constituye, lisa y llanamente, dejar el derecho de propiedad como una concesión del Estado, que se da y se quita a quien a éste le parezca. Significa barrenar, en la práctica, el principio que se reconoce, en teoría, pocas líneas antes. Y lo que es mucho más grave, importa la violación de un principio básico de derecho natural y un

camino abierto para la implantación concreta a espaldas de un pueblo cristiano, de un régimen socialista y totalitario.

No faltan quienes pretenden atenuar lo anterior, argumentando sobre la base de la honestidad y de la rectitud de quien hoy preside el Gobierno de la República. Quienes así proceden, olvidan en forma lamentable, en forma sospechosamente lamentable, que el orden jurídico de una nación está por encima de las personas de sus gobernantes, que hoy pueden ser honestos pero mañana irresponsables; olvidan que la Constitución Política no termina con el legislador que le da forma, sino que representa, quizás por muchos años, el documento jurídico básico al cual los ciudadanos deberán recurrir en la defensa de sus legítimos derechos, ante los eventuales excesos legislativos.

Por otra parte, bien es sabido que los resultados y la acción de un Gobierno son fruto de factores complejimos, que superan, incluso, muchas veces, las virtudes personales y la honradez de un Jefe de Estado. Es por ello, que el respeto y la consagración constitucional de los derechos inalienables de todo ser humano, constituye uno de los pilares fundamentales de un Estado que se apoya en el derecho y no en la arbitrariedad o en la fuerza.

Otros, en cambio, con mayor audacia, llegan a afirmar que las reformas, sean agrarias, urbanas, o de otro orden, precisan, para ser llevadas a cabo de una previa Reforma Constitucional como la que propone el proyecto que analizamos. En otras palabras, sostienen que debe dejarse la propiedad en manos del Estado para arrebatar sus bienes a los legítimos propietarios, porque así lo exige "el proceso reformista". En este grupo podríamos incluir al señor Jacques Chonchol, propulsor de la Reforma Agraria castrista, quien, con inaudita desvergüenza, ha sostenido: **"O se paga la tierra o se hace Reforma Agraria"**. (Ver "Fiducia", Nov. 1964).

Estos tales, pretendiendo aplicar la aberración maquiavélica de que el fin justifica los medios caen, precisamente, en el error colectivista que condenaba Pío XI, en cita transcrita más arriba, y contradicen, expresamente, lo enseñado por Juan XXIII en Mater et Magistra referente al carácter de Derecho Natural e inviolable de la propiedad, equivocando, por tanto, el margen en que debe encuadrarse esa "efectiva difusión entre todas las clases sociales".

Resulta fácil comprender, entonces, la inseguridad y la fragilidad del "derecho" de quienes por estos caminos llegaron hoy a ser "propietarios". Echada por tierra la raíz del principio, ¿quién podría asegurarles a los favorecidos de hoy, que no serán los despojados de mañana? ¿Qué defensa tendrán entonces los individuos, frente a este Estado con omnímodos poderes?

¿Qué nos separará entonces del totalitarismo socialista de un Tito, de un Nasser, de un Bourguiba o de un Castro? Tal vez, en el mejor de los casos, de una situación de hecho diferente que, como hemos dicho, es esencialmente cambiante y perecedera.

Quiera Dios que, iluminando a quienes nos gobiernan, se mantengan en nuestra Carta Fundamental, en términos satisfactorios y reales, la garantía de un derecho que, por obedecer a un precepto de ley natural, es un fundamento insustituible de nuestra característica de país cristiano. No es apartándose de la ley natural, sino respetándola escrupulosamente como puede conseguirse la verdadera justicia social. La Iglesia así lo enseña y la Historia así lo confirma.

2

El pensamiento filosófico del Padre Teilhard de Chardin

Rvdo. Padre Julio Meinvielle

Para el Padre Teilhard de Chardin, S. J., el proceso evolutivo corre de la Cosmofera (es aquella esfera de la evolución en la que se origina la materia) a la Biosfera (en la que se genera evolutivamente la vida vegetativa y sensitiva) y de ésta a la Noosfera (en la que se alcanza por último la espera de la vida intelectual, es decir, la aparición de la inteligencia). La masa organizada que forma la Biosfera parece que hasta el Plioceno ha sido conducida más bien que conductora en la Historia terrestre de la Evolución. Pero, a fuerza de reflexión el hombre se hizo explícitamente consciente y logró tomar en sus manos para conducirlo, el porvenir de la Cosmogénesis.

“Siguiendo las vías convergentes de la genética —dice Teilhard de Chardin— de la biología, de la endocrinología, de la cerebrología y de la psicología nueva, el hombre, asociado a todos los otros hombres siente que se acerca la hora, en que, forzado por su destino, va a acertar a poner sus dedos sobre los resortes más fundamentales de su propio desarrollo orgánico” (L'Apparition de l'homme, pág. 226). Y prosigue: “¿Qué quiere esto decir, sino que al fin de cuentas, para la Reflexión terrestre llegada a su fase superior y última de supercomprensión, una nueva forma de Evolución se hace posible y se inaugura: después de la era de las evoluciones sufridas, la era de la autoevolución abriéndose en dirección de algo ultrahumano para la materia organizada?” (Ibid.).

EL SOCIALISMO, UNA ETAPA NECESARIA Y FATAL DE LA EVOLUCION TEILHARDIANA

Ahora, el proceso autoevolutivo, después de haber terminado el proceso de las civilizaciones, comienza el de la civilización. Las unidades pensantes se unifican porque “Evolución = Ascensión de conciencia, y Ascensión de conciencia = a efecto de Unión”. (Le Phénomene Humain, pág. 270).

Llega la hora de lo Colectivo, de la Planetización. “¡La salida del mundo, las puertas del porvenir, la entrada en lo Superhumano no se abren en adelante ni a algunos privilegiados, ni a un solo pueblo elegido entre todos los pueblos! No cederán sino a un empuje de todos juntos, en una dirección en que todos puedan juntarse y conjugarse en una renovación espiritual de la tierra, renovación de la que se trata ahora de precisar la modalidad y de considerar el grado físico de realidad”. (Ibid. pág. 271).

El esfuerzo humano está a punto de producir “una colectividad armonizada de conciencia, equivalente a una especie de super-conciencia. La tierra no sólo cubriéndose de granos de Pensamiento por milladas, sino envolviéndose de una sola envoltura pensante, hasta no formar funcionalmente sino un vasto Grano de Pensamiento, en escala sideral”. (Le Phénomene Humain, pág. 279).

“Si hay un porvenir para la humanidad, escribe Teilhard, este porvenir no puede ser imaginado sino en la dirección de una conciliación armonizada de lo Libre con lo Planeado y con lo Totalizado. Distribución de los recursos del globo. Regulación del Empuje hacia los espacios libres. Uso óptimo de la potencia liberada por la Máquina. Fisiología de las naciones y de las razas. Geoeconomía, Geopolítica y Geodemografía... Estamos en tren de edificar irresistiblemente, por medio y más allá de toda Física, de toda Biología y de toda una Psicología, una Energética Humana”. (Le Phénomene Humain, pág. 315).

DIOS UNIDO A LA MATERIA CONJUGANDOSE:

LA TERCERA NATURALEZA DE CRISTO, COSMICA.

Teilhard de Chardin ve el futuro y el futuro próximo en la edificación por el esfuerzo humano de una Energética Humana, una gran Ciencia apli-

cada, que resuelva el problema del bienestar y de la felicidad de la colectividad humana.

Pero este momento del logro de lo ultrahumano coincide, por la estructura del proceso evolutivo que sigue una línea convergente hacia el Punto Omega, coincide, digo, con un renacimiento de lo religioso y de lo religioso-cristiano, “El universo y Cristo, dice textualmente Teilhard, cada cual por su lado se perfeccionan conjugándose”. Y de esta conjugación, añade, nace una tercera cosa, una “tercera naturaleza de Cristo”, (Naturaleza ni humana ni divina, sino cósmica) en (“Lo Crístico”).

Para Teilhard, “en la cima del espacio temporal del sistema evolutivo, se descubre una posición única, singular, donde el Cristo sin deformación ni esfuerzo deviene literalmente, con un realismo inaudito el Pan Creador”. Y añade Teilhard: “En último análisis, la Cosmogénesis después de haberse descubierto —siguiendo su eje principal— Biogénesis y luego Noogénesis, culmina en la Cristogénesis que todo cristiano venera”. (Lo Crístico).

Que sea esta Cristogénesis en la que culmina toda la Cosmogénesis Teilhardiana se halla expresada (en “Del Cosmos a la Cosmogénesis” citado por Claude Guénot, en Pierre Teilhard de Chardin, Les grandes étapes de su évolution, pág. 354), por Teilhard de Chardin que dice: “hasta aquí un Dios del Cosmos (es decir, un Creador de tipo “edificante”) había aparentemente bastado para llenar nuestro corazón y para satisfacer nuestro espíritu. De aquí en adelante (y aquí hay que buscar, sin duda, la fuente profunda de la inquietud religiosa moderna) sólo un Dios de Cosmogénesis, es decir, un Creador de tipo “animante” podría saciar nuestra capacidad de adoración. De este nuevo Dios evolutivo, surgiendo del corazón mismo del antiguo Dios Obrero, es menester, entiéndase bien, y en primer lugar, mantener a todo precio por necesidad cósmica la trascendencia primordial: ¿porque si El no hubiera nunca preemergido de mundo, cómo podría servirle de salida y de consumación hacia adelante? Pero justamente entonces (o más bien todavía: porque es en esto precisamente que consiste la renovación esperada) conviene profundizar, admirar y saborear su carácter immanente. En régimen de Cosmogénesis convergente, crear, para Dios es unir. Ahora bien, unir es sumergirse. Pero sumergirse (en plural) es “corpúsculizarse”. Y esta corpúsculización en un mundo cuyo arreglo produce estadísticamente desorden (y mecánicamente esfuerzo) es sumergirse —para superarles— en la falta y el dolor. He aquí que por grados se descubre una notable y fecunda conexión entre Teo y Cristología. A pesar del espíritu (o aún de la letra) de los escritos de San Pablo y de San Juan se puede decir que la figura y la función salvadora de Cristo guardaban, hasta los últimos tiempos, en la formulación dogmática corriente, algo convencional, jurídico y accidental, ¿por qué la Encarnación? ¿Por qué la Cruz...? Afectivamente y pastoralmente la economía cristiana se revelaba perfectamente viable y eficiente, pero hablando intelectualmente se presentaba más bien como una serie arbitraria de acontecimientos fortuitos que como un progreso orgánicamente ligado. Y por ello sufría la mística... Y bien, es este defecto de coherencia ontológica (y por tanto de fuerza espiritual) que acaba de rectificar el descubrimiento de un tipo de universo, en que, por una parte, acabamos de verlo, Dios no puede aparecer como el primer Motor (hacia adelante) sin reencarnarse y sin rescatar, es decir, sin Cristificarse a nuestros ojos”.

Hasta aquí, Teilhard de Chardin. Pocas páginas en que aparezca con tanta fuerza la filosofía del esfuerzo humano que encierra esta cosmovisión, basada en la Evolución y que obligaría a una concepción teológica nueva de los grandes dogmas del cristianismo, de la Creación, Encarnación y Redención. Es claro que aquí aparecen también las grandes dificultades de la cosmovisión Teilhardiana que ponen en cuestión la trascendencia sobrenatural de los misterios cristianos.

En la hora de "lo colectivo":

"Un Dios transcristiano"

LA BUSQUEDA DE UN DIOS TRANS-CRISTIANO

De esta página surge también la magnitud de la tarea de Teilhard de Chardin al querer poner término al cristianismo "clásico" y "neolítico" y dar nacimiento a un cristianismo "renacido", a un "transcristianismo", un "ultracristianismo" donde se conjuguen la Fe en lo Alto que predicó siempre el cristianismo con la Fe en lo Adelante, hacia el Porvenir, que enseña la Evolución convergente, en Teilhard de Chardin se constituye el progreso de "la religión del mañana" con una valorización del esfuerzo humano que hasta ahora no había enseñado el cristianismo neolítico y clásico que hemos vivido. Pocos días antes de morir, en carta dirigida a Marise Choisy, escribe: "Yo me siento más y más preocupado (es decir, apasionadamente interesado) por la búsqueda de Dios (no sólo cristiano sino transcristiano) que se ha hecho necesario para las exigencias de nuestra adoración". (*Psyché Revue Internationales des Sciences de l'homme et de Psychoanalyse*, núm. 99-100).

DIVINIZACION DEL ESFUERZO Y DE LA OBRA HUMANA POR SI MISMAS

El desarrollo del proceso evolutivo en Teilhard de Chardin ha de traer una nueva problemática en la valorización cristiana del esfuerzo humano. Hasta aquí la enseñanza de la Iglesia con respecto al valor para la vida eterna del trabajo y del esfuerzo humano se hallaba regido por la enseñanza del Apóstol en la primera carta a los Corintios. Allí el Apóstol (Capítulo XIII) nos enseña que "si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, son como bronce que suena o címbalo que retine y si teniendo profecía y conociendo todos los misterios y todas las ciencias y tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad no soy nada y si repartiese toda mi herencia y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha". El trabajo y el esfuerzo humano aunque pueda tener gran valor desde un punto de vista de utilidad humana, no aprovecha para la vida eterna, sino sólo cuando se hace en gracia de Dios y por un motivo, al menos virtual; de carácter sobrenatural.

Teilhard va a establecer otro principio. En el "Medio Divino" (pág. 41 y siguientes) escribe:

"La economía general de la salvación, es decir, de la divinización de nuestras obras descansa en el breve razonamiento que sigue:

En el seno de nuestro Universo toda alma es para Dios en Nuestro Señor.

Pero por otra parte, toda realidad aún material alrededor de cada uno de nosotros, es para nuestra alma.

Así, alrededor nuestro; toda realidad sensible es para nuestra alma para Dios, en Nuestro Señor".

Pero este argumento no se sostiene. Es verdad que nosotros podemos hacer servir todo para nuestra alma y nuestra alma para Dios por medio de Jesucristo, pero lo podemos hacer si creyendo en Cristo y viviendo en la caridad de Cristo, hacemos intención de valernos de todo para Cristo, porque el trabajo y el esfuerzo humano no se dirigen, por un ordenamiento intrínseco al bien de nuestra alma y a la gloria de Cristo. Teilhard, en cambio, en virtud de su teoría de la evolución universal, intenta sacrificar y cristificar cada partícula del universo que estaría destinada a consumirse en el punto Omega y en Cristo, que coincide con el Punto Omega, para tal intento asigna valor sobrenatural a la misma naturaleza. **Sobre-naturaliza a la naturaleza en su razón natural misma.** La naturaleza, en cambio, no se perfecciona con lo sobrenatural sino a través de los actos sobrenaturales cumplidos por Cristo, o, por los cristianos unidos a Cristo en el Cuerpo Místico. Sin la caridad cristiana no se perfecciona lo natural. Toda otra concepción es naturalismo.

De aquí que Teilhard, olvidando estos datos elementales de la enseñanza común, censura a los maestros espirituales de minimizar el valor de nuestros esfuerzos y de sus frutos y así pone, para censurarlo el siguiente lenguaje en sus labios: (ibid., pág. 37).

"Vcs queréis, mi querido amigo, revalorizar vuestro trabajo humano que las perspectivas y la ascética cristiana os parecen despreciar. Y bien, derramad en ellos la substancia maravillosa de la buena voluntad. Purificad vuestra intención y la finor de vuestras acciones se encontrará llena de Dios".

"Sin duda el material de vuestros actos no tiene ningún valor definitivo. Que los hombres encuentren una verdad o un fenómeno más o menos —que haga o no bella música o bellas imágenes— que su organización terrestre sea más o menos aceptada— esto no tiene directamente ninguna importancia para el cielo. Y nada, en efecto, de estos descubrimientos y de estas creaciones entrará en las piedras de las que está construida la Jerusalén nueva. Pero lo que señalará allá arriba, lo que quedará para siempre, es lo que habéis obrado en todas las cosas **conforme a la voluntad de Dios**".

El autor de "Medio Divino" se levanta contra este desprecio de lo humano y propone una espiritualidad del esfuerzo humano que va a modificar las perspectivas y hacer caer la posición ficticia, según él, que se levantaría con frecuencia entre Dios y el mundo. Al contrario. Lejos de desviarnos de Dios, el mundo puede y debe conducirnos a El.

LA GNOSIS EVOLUTIVA DE TEILHARD DE CHARDIN; NATURALIZACION DEL CUERPO MISTICO DE CRISTO

Hay en Teilhard un afán de dar valor sobrenatural al trabajo y al esfuerzo humano por sí mismo de revalorizar lo que él llama "la mística del esfuerzo humano". Esta revalorización del trabajo y del esfuerzo humano por sí mismo, está directamente conectado con su afán por valorizar el mundo evolutivo. Y todo ello, tanto la revalorización del trabajo y del esfuerzo humano, como la del

mundo, provienen de la concepción de la evolución. En efecto, en virtud del proceso evolutivo, las primitivas partículas que comienzan la marcha del proceso ya caminan orientadas hacia Cristo que está en la cima del proceso. Con más razón el hombre que se halla en plano de la Noosfera. Con su actividad, con su trabajo, con su esfuerzo, aún sin intención sobrenatural, hace marchar la Noosfera hacia Cristo que es el centro de atracción de toda la Noosfera y de todo el proceso evolutivo.

Luego independientemente de la intención sobrenatural con que puedan trabajar los cristianos, el trabajo, el esfuerzo humano y el mundo caminan hacia Cristo, que está en la cima de la evolución como consumación de toda ella.

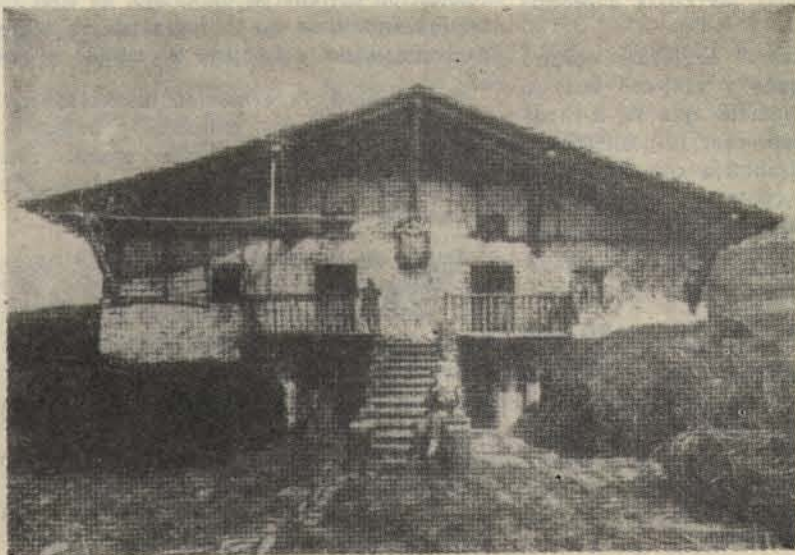
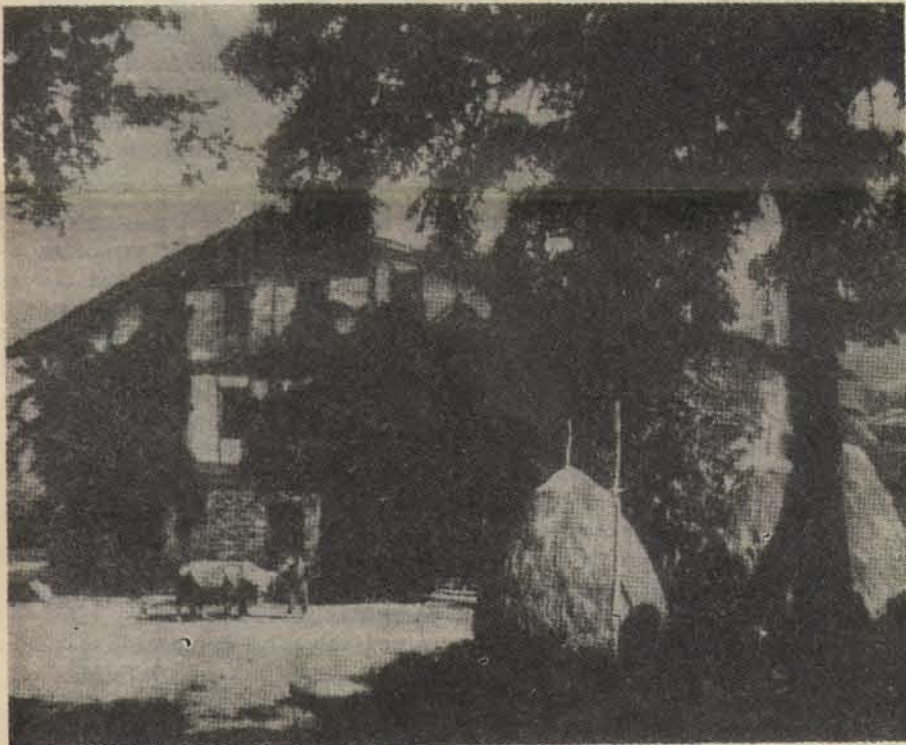
Pero la posición de Teilhard es antojadiza, contraria a la doctrina evangélica y fruto de su peligrosa gnosis evolutiva. No hay sino un único medio de acercarnos a Cristo y de hacer progresar el Cuerpo Místico y son nuestras obras sobrenaturales de auténtica caridad cristiana que sólo se practica cuando, estando en estado de gracia, ofrecemos a Dios los trabajos de la vida presente.

No parece que los defensores del pensamiento de Teilhard de Chardin logren aclarar suficientemente un pensamiento que se mueve en una concepción demasiado biológica y naturalista del cuerpo místico de Cristo, determinada, a su vez, por su fuerte concepto de la evolución, lo que hace, que en su pensamiento se cumpla, por efecto mismo del proceso evolutivo, una marcha mecánica y necesaria de todo el proceso cósmico que caminaría hacia el hombre y de éste hacia Cristo para la construcción del Pleroma Cristiano. Esta concepción, demasiado mecánica, biológica, naturalista, no ha de estimar suficientemente el valor de la responsabilidad y de la libertad humana, para el bien y para el mal, en el plano natural y sobrenatural. De aquí una subestima del pecado, como acto del hombre que ha desordenado la obra de Dios, de aquí una subestima de los actos libérrimos de Dios en la creación y recreación del hombre, de aquí una subestima de los actos sobrenaturales del hombre, libremente expuestos, en su edificación del cuerpo de Cristo, de aquí finalmente una subestima de la fuerza de lo sobrenatural para dinamizar y finalizar el mundo presente.

En Teilhard, la evolución universal, haciéndose sola por un esfuerzo mundano y humano, aunque bajo la atracción de Cristo aparece, en cierto modo, como un gran Mito, dominando y rigiendo la historia.

No es un presunto torrente evolutivo, en cambio quien rige la Historia del cosmos, la biología del hombre, de Cristo, sino el acto libérrimo del Padre Eterno, que si libremente y por la sobreabundancia de Su Amor, nos quiso crear, y si frente al pecado con que los hombres hemos sembrado el desorden en el universo, ha querido libremente recrearnos, y si para ello envió a su Hijo Unigénito, Quien, a su vez, se entregó voluntariamente a la muerte para rescatarnos y Quien, finalmente, sobre la base del cumplimiento del amor, ha de pronunciar sentencia en el Juicio a que ha de someter al mundo.

FE, SENTIDO ARTISTICO, BIENESTAR POPULAR EN LA CIVILIZACION ORGANICA Y CRISTIANA



AMBIENTES COSTUMBRES CIVILIZACIONES

SI ANTERO DE FIGUEIREDO hubiese hecho por la causa de la Revolución, y especialmente por la del comunismo, todo el bien que hizo por la Iglesia sería aún hoy, un escritor famoso. Todas las oficinas de popularidad que la izquierda maneja con tanta habilidad y que son tan numerosas y activas en todas partes, celebrarían a menudo la original belleza de su estilo, su expresividad, su pensamiento profundo, sustancioso y límpido, así como la finura de su sentido de observación y no faltarían católicos que lo ensalsazen copiando con humildad y precisión la cantinela laudatoria de la propaganda subversiva.

Pero acontece que Antero fue católico y, crimen aún más grave, católico genuino, apóstol valeroso y eficiente de la Contra-Revolución.

Es que el mismo complejo y tibiezas hechos de poca fe, que nos lleva a ser tartufos de la Revolución, nos quita el desplante necesario para afirmar frente a ella los verdaderos valores de la verdadera cultura, verdaderamente católica.

Transcribimos entonces un paisaje de Antero, en el que glorifica uno de los más bellos aspectos de lo que es el pueblo en la civilización cristiana.

Muy distinta de la masa anónima, vacía, cansada y revolucionada de los barrios proletarios de las grandes ciudades modernas, es ese pueblo hispano, estandarte de fe, transbordante de personalidad y de salud de los países vascos.

Los hijos de Guipuzcoa —parte de las provincias vascongadas— se reputan todos hidalgos, aún cuando son simples trabajadores del campo... sin CORA ni reforma agraria. Y Antero de Figueiredo nos dirá por qué.

Nuestros clisés con casas de Vizcaya —también parte integrante de las provincias vascongadas— ilustran adecuadamente las descripciones del literato portugués. Descripciones que constituyen un excelente conjunto de observaciones sobre la sociedad orgánica cual floreció en España, nuestra noble y cristianísima Madre Patria.

“En esas verdes colinas (de Guipuzcoa) en que se asienta la casa vasca, típica de labradores, casa al mismo tiempo rústica y señorial, sencilla en sus líneas aldeanas, noble en su aspecto grave y pintoresca en el conjunto (...) He aquí que ella, la casa vasca es como Dios la quiere, es decir, simples y naturales, autóctonas, naciendo del suelo y del clima para servir al labrador, en sus necesidades domésticas, agrícolas, pastoriles, y también en sus bríos de raza de labradores-caballeros como así se consideran estos rústicos vascos de antiguo linaje “Hidalgos todos que por derecha línea descendían de la primera sangre”, como dice Lope de Vega de los Navarros aldeanos de Baztan.

Ella es siempre un caserón de paredes sólidas, donde se encuentra en un solo edificio lo que en otras tierras está separado en construcciones distintas: la casa habitación del patrón y de los labriegos, los establos, las bodegas, las cocheras, los arados, los graneros y todas las cosas útiles y enseres agrícolas.

El vasco instala debajo del mismo techo, la familia, los criados, el ganado, el heno, los odres de vino, los barriles de aceitunas, el granero. En estas casas el enorme techo de dos aguas (...) habla de la vida patriarcal que hacen los hombres en común, mujeres, niños, animales, utensilios, objetos, albergando a todos y todo bajo su protección.

En la fachada el alero colabora estéticamente con su sombra; materialmente con su confort; moramente con su cariñoso gesto de abrigo. ¡Cuán honrados y afectuosos son estas techumbres y aleros! Dan la impresión que en las largas tardes invernales a la hora bendita de la lectura de los libros santos y de los rezos en común, todas las personas y las cosas —familia, labriegos, arados, rueca, amasijo, toneles de sidra, barriles de aceite— acompañan las oraciones del Señor y patrón; y en los corrales los rebaños se quedan en religioso silencio y las almas de los animales y de los objetos se cristianizan, oyendo las palabras de Jesús.

(...) Al primer piso se sube por una escalera exterior de piedra con un cobertizo a la entrada —promesa de religiosa y hospitalaria acogida—. El arquitecto al buscar solamente la función útil del edificio, pensó menos tal vez, en la función bella de la edificación, sin embargo, ésta floreció espontánea, lógicamente nacida del propio ímpetu arquitectónico, en ornatos tan naturales que su arte es del mejor por ser arte en que no se ve propósito de serlo. Así, son ornato los gruesos cabezales del tijeral, que vienen a ser prolongaciones (puntas apenas labradas y aristas apenas cepilladas) con fuerte trabazón coronadas con la cumbre y yendo de parte a parte desde atrás hasta el frente. Como es también el gran tejado que desciende y desborda por los costados sostenido por estacas cuya hilera en posición oblicua de la pared a las tejas rojas, toma en perspectiva el aspecto de lanzas paralelas, en ristre, sustentando un toldo carmesí: el alero.

En los muros enmaderados para mejor asegurar el revestimiento de barro y cal, las vigas en lo alto son próximas, salientes y pintadas de verde y sus trazos verticales, equidistantes y simétricos, ornan la fachada. El poco acabamiento, el rústico enlucido, en la cal amarilla del arco y en los umbrales de la entrada para los corredores, es tan bien concebido, que diríase un rústico florentino: y por sobre el cabezal las agujas de piedra, grandes, pequeñas que lo van trabando, puestas a la vista y en relieve, tostadas por el sol y gastadas por el tiempo, adornan la fachada con sus rachas de colores y destacan en la cal. Las paredes exteriores de la casa se hinchen de colores, luz y sombra de los ángulos de arriba y filas de barrotes de la balastrada, la cepa que por su pretil desparrama sarmientos de parras verdes ligadas al verde de los campos y al de las copas de los naranjos, base en la cual ella reposa. Y ninguna de estas familias de labradores deja de pregonar sus creencias religiosas y sus pergaminos heráldicos: enclavados en las paredes hay viejos bajo relieves de santas y santos protectores del matrimonio, al lado de escudos de armas, en esta región en que el mayor número se juzga hidalgos, porque según el vasco Perochegui “vascongadas y navarras son el semillero de nobleza de España”. Acogiendo esto Sancho VIII, “el fuerte”, admirador de los aldeanos navarros, a todos habría hecho hidalgos: “todos igualmente nobles, porque su nobleza tiene un solo origen”, decía él”.

Antero de Figueiredo